

LA MORAL DE LOS BIENES NO ES SIGNO DE AMOR

“Por la muestra, a los tiranos no les conviene que se formen entre sus súbditos grandes valores ni amistades ni lazos fuertes; ahora bien, esto es lo que el Amor sabe hacer perfectamente.”

El banquete. Platón.

1

Quisiera iniciar estas reflexiones refiriéndome a algunos lugares que, tal vez, puedan parecer demasiado evidentes para algún lector. De todas maneras, considero que puede haber un método en esta manera de proceder. A fin de cuentas, ¿por qué no iniciar desde lo más “obvio”, desde lo que yace más “a mano” en lugar de precipitarnos intelectualmente yéndonos a esferas a las que, quizá, en algún momento de nuestra reflexión lleguemos (o quizá no)?

Uno de esos lugares comunes al que me enfrento no solamente en mi experiencia cotidiana como psicoanalista sino también como persona y como ciudadano, es el problema al que podría definir como «pauperización de los afectos». ¿A qué me refiero con esta expresión? Pauperización implica la idea de empobrecimiento, ese punto está claro, al menos en principio. En cambio, *afectos* es una expresión más equívoca puesto que se habla de “los afectos” para hacer referencia a los seres que uno quiere (no exclusivamente la propia familia) y también a las pasiones a que uno lo afectan como el amor, la alegría, la angustia o la tristeza.

Pues bien, creo que la degradación de los afectos conlleva esa doble implicación. Por un lado, supone una atomización cada vez más creciente respecto a los vínculos en general, exacerbada por la *bajada de línea* que, “veinticuatro por siete”, exige que nos pensemos como seres individuales y nada más que como seres individuales. Pueden existir otras razones para explicar o para tratar de entender esta hiper-individuación como, por ejemplo, el factor tecnológico que nos viene bárbaro para rellenar el vacío dejado por el otro. Los dispositivos y sus respectivas “apps”, se llevan muy bien con la creciente ola de individuación generalizada. También se llevan excelente con la soledad y con lo que los analistas denominamos autoerotismo. Ni qué hablar cuánto, gracias a estas tecnologías y al supuesto anonimato que garantizaría internet, los afectos no solamente se han empobrecido, sino que también se han pervertido teniendo esto como consecuencia una emergencia preocupante de la maldad, del odio y de la crueldad en sus diversas variantes (racismo, xenofobia, misoginia, etc.). Y esto último no es sino el segundo rostro de la doble implicación arriba mencionada. Los afectos se han pauperizado, también, en el sentido de que se han vuelto más primitivos, brutales y salvajes.

Entonces estamos hablando de una «escena de deshumanización» y este es el segundo dato que extraigo de la evidencia más palpable: la de la vida cotidiana en nuestro contexto (Argentina, año 2025). ¿Qué es primero? ¿La pauperización afectiva o la

deshumanización? No podría atreverme a establecer una causalidad, pero de lo que estoy absolutamente convencido es de que existe una relación entre una cosa y la otra. Como también estoy seguro de que para llegar a tratar al otro como a un objeto, antes *uno mismo debió haberse deshumanizado lo suficiente*.

¿Cuáles son aquellas cosas que deshumanizan a los seres humanos? En otras palabras, ¿qué convierte al sujeto en objeto? Desde el punto de vista del psicoanálisis, el advenimiento del sujeto al campo del lenguaje es primariamente en calidad de objeto. Esta fase inicial podría definirse como una «mortificación primaria» a la que le otorgamos el estatuto de estructural y, por ende, de necesaria. La operatoria que definimos como castración es el apaciguamiento de los efectos estridentes del significante (que en el mundo real es significante-hablado, o sea, *voz*) y la posible constitución de un ser que ya no será puramente objeto del Otro (es decir, su *falo*). El niño dejar de ser así la mera y simple fantasía que sostiene al deseo de la madre y comienza a investirse como alguien real más allá de su existencia de carne y hueso. Pasar de ser algo a ser alguien no es una tarea sencilla ni que pueda llevarse a cabo sin algún tipo de ayuda (función paterna, andamiajes identificatorios, la dimensión del juego).

Pero volviendo sobre nuestra pregunta, ¿cómo se produce el proceso inverso, de ser factible? Es decir, ¿cómo se retrocede del estatuto subjetivo a la objetualidad? En el caso de un neurótico, los psicoanalistas encontramos esa chance en principio como fantasma o *en* el fantasma. Ahí es donde precisamente el sujeto está todo el tiempo próximo a convertirse en objeto del goce del Otro y por eso surge la angustia cuando algo relativo al fantasma —ya sea su vacilación o su reforzamiento— es puesto en juego. Ahora bien, la función del fantasma tal como la entiendo supone mantener esa escena en un plano virtual y que el sujeto no pase al acto (o que no se exponga al acto perverso del otro). Si, por ejemplo, alguien tiene el deseo inconsciente de violar a su madre (o el miedo secreto a ser violado por ella respecto del cual aquel deseo es defensa), el fantasma aportará elementos disuasorios para que la satisfacción permanezca en el terreno autoerótico, por ejemplo, bajo la forma del síntoma. Si, en cambio, el sujeto cayese de la escena y se produjera una violación (no necesariamente de la madre sino de quien haga-las-veces-de), eso querría decir que allí algo en relación con la función específica del fantasma ha fallado. Y creo que este es precisamente un rasgo de nuestra época. Si se caen los filtros que mantienen al goce velado, aparecen la violencia y otras expresiones de lo que la civilización exige mantener en suspenso, aplazado.

Y ¿por qué? Es decir, ¿hay elementos específicos vinculados al contexto social e histórico, más allá de las razones particulares de cada caso? Remitiéndonos a un factor bastante general, pero de ninguna manera abstracto, ¿es responsable el sistema capitalista, en sus modos de producción y de consumo, de gran parte de los males de nuestra era referidos específicamente al trato entre los sujetos? Soy consciente que a la hora de desarrollar estas conjeturas -las cuales, por lo demás, no tienen evidentemente un carácter demasiado novedoso, lo sé- es difícil no caer como decía al inicio en lugares comunes o predecibles. Pero nada de esto es razón suficiente como para dejar de pensar. Estando tan problematizado el diálogo en los tiempos que corren y siendo consciente de las

consecuencias que eso conlleva en términos de escalada de la violencia, no quisiera imaginarme qué sucedería si los seres humanos dejásemos definitivamente de pensar. Este es un asunto completamente actual: el problema no es ni que las máquinas piensen ni que lo hagan muchísimo mejor que nosotros, sino que nosotros abandonemos el pensamiento sin más, entregándonos... ¿a qué? ¿A “sentir” o, en realidad, a *gozar*? El interrogante es válido porque no son para nada lo mismo.

Entonces, recapitulemos junto a estas tres preguntas: ¿Cuáles son aquellas cosas que deshumanizan a los seres humanos? ¿cómo se retrocede del estatuto subjetivo a la objetualidad? ¿Es responsable el sistema capitalista, en sus modos de producción y de consumo, de gran parte de los males de nuestra era referidos específicamente al trato entre los sujetos?

Una guerra es sabido que deshumaniza ya que, aunque se diga que existen algunas reglas, la guerra es la ausencia de barreras para gozar del otro. Entonces, el otro es objeto, pero también lo soy yo. La expectativa angustiada es la de ser tomado como una cosa en cualquier momento. El terrorismo de Estado supone otra versión de lo mismo. El autoritarismo ya de por sí es angustiante, pero lo es aún más cuando su método es el terror. Todo esto produce una situación traumática. La inestabilidad económica podríamos decir que también es terrorífica para muchos sectores de la población, en particular, para los más vulnerables. El temor a “morirse de hambre”, a terminar en la calle como un mendigo, a tener que revolver bolsas de basura o depender de la caridad para subsistir, etc., *todo eso* también conlleva angustia y puede conducir al terror (pánico).

Las desigualdades que genera el capitalismo en su versión menos regulada y reglamentada poco a poco comienzan a producir mayor deshumanización. Porque, además, en una sociedad donde lo único importante es satisfacer las necesidades también se produce un empobrecimiento de lo simbólico en la medida en que los seres humanos dejan de “consumir” (y de producir), por ejemplo, arte, es decir, cultura. Una sociedad sin arte en particular y sin cultura en general es una sociedad mortificada, pero en segundo grado. Ya no se trata de la «mortificación primaria». Se trata de un redoblamiento, de una regresión a lo autoerótico, pero en un sentido estrictamente mortificante.

2

Voy a referirme ahora a otro elemento de la realidad, palpable, evidente, concreto, objetivo. Este “dato duro” que el mundo de hoy nos muestra a mi entender también da cuenta de las dos cuestiones antes señaladas, es decir, de la pauperización afectiva –que en el caso al que voy a referirme podría pensarse como una fuertísima *indolencia* internacional– y de la escena de deshumanización. Me refiero ni más ni menos que al genocidio que recae en estos momentos sobre el pueblo de Palestina por parte de un Estado al que no voy a dudar en calificar de *terrorista* por su accionar.

¿Queda alguna duda de que allí hoy, en Gaza, se violan de manera considerable los derechos humanos ante la pasividad fenomenal de la comunidad internacional, con

honrosas excepciones? ¿Por qué nos cuesta tanto reconocer el sufrimiento de aquella comunidad? En Palestina hay colonización y racismo, como en su momento lo hubo en África, pero también en Latinoamérica (de hecho, lo sigue habiendo en sumo grado). ¿Cómo es posible que en estos lares nos pongamos del lado del Occidente blanco y conquistador habiendo sufrido nosotros, en cierta medida, la misma violencia por ejemplo durante la conquista de América? ¿Importa realmente que no seamos descendientes *directos* de aquellos pueblos originarios? Estas pampas, estas tierras estaban habitadas por seres humanos que fueron masacrados y despojados de su lugar, exactamente de la misma manera que hoy en día Israel invade a los palestinos, los aniquila sistemáticamente, los desplaza y pretende exterminarlos definitivamente. El “nazionismo” aparece como un títere del imperialismo en Medio Oriente, hartó eficaz para asegurar el dominio de las potencias occidentales sobre la región. Me refiero a Estados Unidos y a Europa, principalmente, dado que los países del Tercer Mundo no sacamos ningún provecho de semejante atropello inhumano.

3

Mientras escribo estas líneas acontece en la Provincia de Buenos Aires, aunque en conexión con la Ciudad y el exterior del país, un crimen horroroso: asesinan a tres adolescentes en el marco de una supuesta venganza “narco”. No solamente las matan, antes las violan y las torturan. Insisto: no solamente les quitan la vida, además después las descuartizan. ¿Puede haber un grado mayor de maldad? ¿Puede existir un nivel superior de crueldad y de odio que el expresado en semejante triple femicidio?

Con lo único que podría comparar esta aberración es con los crímenes de lesa humanidad perpetrados durante la dictadura. Quizá una diferencia importante sería que, durante aquellos años horrorosos, el terrorismo era estatal. Ahora bien, ¿hasta qué punto lo que sucede hoy en día excluye al Estado de toda responsabilidad? Yo diría que el Estado es completamente responsable, está claro que no sólo él, pero me atrevería a decir que lo es en primer lugar (a nivel municipal, provincial y nacional). Ahora bien, deteniéndonos específicamente en el plano nacional, el actual presidente durante la campaña dijo, completamente suelto de cuerpo: “Entre el Estado y la mafia, me quedo con la mafia”. Hace unas semanas, dentro de otra campaña electoral, pero que involucra al mismo espacio político, circuló una foto donde los candidatos se mostraban con un pasacalle que decía: “Kirchnerismo *nunca más*”. ¿No representa eso una enorme trivialización de las vejaciones que padeció la población argentina durante el “Proceso”? No sorprende, sin embargo, dado que para el actual mandatario las violaciones a los derechos humanos cometidas por los militares, solamente fueron “excesos”, tal como lo sostenía el mismo Massera.

Pibas, muy jóvenes, mujeres, pobres, sometidas al padecimiento de la necesidad, acaso adictas o no al algún tipo de sustancia, acaso vinculadas o no al trabajo sexual, acaso “viudas negras” o no, acaso se “zarparon con algún *capanga*” o no... A fin de cuentas, ¿qué mierda importa todo eso? ¿Merecían por algunos de esos factores ser mal-tratadas

de esa manera tan ignominiosa, horripilante y atroz? ¿Merecían ese des-trato, tanta cosificación, ser reducidas de esa manera a un pedazo de carne sin valor alguno? ¿Merecían que su crimen fuese transmitido en vivo a través de una app de la manera más obscena posible para que los “soldaditos” del supuesto “poronga” vieran en directo el presunto poder de su psicopático Jefe?

Aquí es donde quisiera retomar algo mencionado más arriba: para llegar a tratar al otro como a un objeto, antes *uno mismo debió haberse deshumanizado lo suficiente*. La subjetividad “narco” —si es que existe algo así—, nos habla de un sujeto que se de-subjetivó a un nivel tan, pero tan profundo que ya casi no hay rastros de subjetividad en su ser. Podríamos decir algo parecido del torturador, de los agentes de las fuerzas de seguridad cuando operan de manera tan inhumana, de los barrabravos y de cualquier clase de fanático *dispuesto a dar la vida o a matar por un Ideal*. Estamos hablando de subjetividades sumamente mortificadas de tanto entregarse al goce. Como si hubiese una identificación descarnada (sin velo, sin agalma) a lo que Lacan denomina el objeto *a*, pero no precisamente en su función de “causar el deseo” sino como demás, plus, exceso.

¿Estamos hablando de sujetos con una posición subjetiva perversa? No necesariamente. A la hora de abordar la cuestión de las adicciones, algunos autores abordan las problemáticas con ese sesgo, quizá por un reduccionismo de la cuestión de la *renegación* o *desmentida*. Sinceramente, no me consta que este “mecanismo de defensa” sea ni lo esencial de la estructura perversa ni que pueda asociarse con exclusividad a esa posición subjetiva frente a la castración del Otro. Más bien, creo que la renegación es un acto en el sujeto psíquico, pero que le llega *desde* el Otro.

Más arriba nos preguntábamos: ¿Es responsable el sistema capitalista, en sus modos de producción y de consumo, de gran parte de los males de nuestra era referidos específicamente al trato entre los sujetos? Pues bien, creo que lo que al sujeto epocal le es transmitido por la época, es decir, hacia dónde lo arrastra la espiral actual es justamente hacia algo renegatorio en relación con la castración (que es falta, pérdida, angustia, duelo, “negatividad” pero también deseo, o sea, insatisfacción —si eso no se aguanta se recurre a las drogas, por ejemplo, incluyendo al poder hipnótico de las pantallas—). En los tiempos que corren habría algo en relación al no-todo que resultaría verdaderamente insoportable. Pero esto, ¿a qué se debe sino a la promesa constante de una satisfacción plena, de un goce total y sin barreras? ¿Será necesario hablar otra vez del padre de la horda primitiva y de cómo la identificación con semejante instancia produce efectos estragantes a nivel particular y colectivo?

¿Y cuál es aquella cultura que, en lugar de transmitir recursos, herramientas, deseos, etc., transmite puros emblemas, puros prestigios, puros ideales y mandatos? Aquella cultura anticultural que va contra sus propios cimientos y columnas —el lazo social, la solidaridad, la justicia social, la igualdad, el amor, los derechos humanos, las leyes, las reglas de juego—, es una «Cultura de la Mortificación», es la mortificación o el malestar *hechos* cultura (es decir, naturalizados, instituidos, aceptados pasiva y acríticamente).

Por otro lado, la libertad no es el “libertinaje”, ¡parece algo obvio, pero evidentemente hay que aclararlo! Una cosa es autodefinirse “libertario”, pero otra muy distinta es ser un *libertino*. El *libertinaje*, según la RAE, es el “desenfreno es las obras o en las palabras” y tiene como sinónimos: desenfreno, vicio, deshonestidad, impudicia, indecencia. El libertino propiamente dicho es aquel que “se entrega sin medida al placer sexual”. En términos psicoanalíticos, no diríamos “placer sexual”, diríamos que se entrega sin medida al *goce*... que mejor no. Se entrega desenfrenadamente a satisfacer una o algunas *pulsiones de muerte*.

Muchos lectores, podrían preguntarse: ¿cómo puede existir un concepto semejante? Claramente la pulsión está referida al ser viviente, pero no a cualquier organismo biológico sino a uno atravesado por la lengua, por el discurso, por la estructura del lenguaje que es un conjunto de significantes. El significante ¿es “medio de comunicación”? Quizá. Sin embargo, lo que más se destaca para el psicoanálisis es el significante en su versión imperativa, como *orden*. El significante se destaca en el ser hablante, ante todo, como lo que se le impone y lo comanda. Lo comanda a él y comanda a su goce. Es más: le exige gozar, no le da respiro. La pulsión es una demanda y el anteriormente referido Ideal es, en definitiva, una *voz* que ordena: su rostro real más crudo, severo y cruel, es el superyó. La «Cultura de la Mortificación» que produce el -y reproduce al- sistema capitalista, podría pensarse como una encerrona de dos lugares que articularía perfectamente al sadismo del superyó con el masoquismo del yo, a escala diríamos que global.

4

En *La pregunta por la técnica* (1954), Heidegger reflexionaba: “Ahora, a aquella interpelación provocante que reúne al hombre en [la tarea de] requerir como fondo lo que se desoculta, la llamamos *im-posición* (*Ge-stell*).” Según el filósofo alemán, la esencia de la técnica moderna radica en tal imposición y define a esta como “el modo según el cual lo real se desoculta como fondo”. En mi lectura, destacaría eso de desocultarse “como fondo”. O sea, me atrevería a decir: no como *forma*. Esta interpretación que propongo tiene su lógica dado que la Modernidad supone el ascenso a la escena del mundo, para decirlo de algún modo, del Hombre así con mayúsculas.

Entre una cantidad de características que definen lo moderno, quisiera destacar el protagonismo que adquiere el Hombre por sobre la Naturaleza (división sujeto/ objeto) y el predominio de la Razón en detrimento de otros modos de “desocultar lo real”. La *forma* (*Gestalt*), lo destacado, en la nueva escena del mundo son el Hombre y su voluntad, que lo erige en semidios. También podríamos decir que asciende su Yo, cuyo principal enemigo o, mejor dicho, quien a aquello a lo que más le intentará escapar es a la angustia (“temple de ánimo radical”, según dice Heidegger en otro lado), a pesar de que ella sea una referencia más válida para captar lo real que el pensamiento racional.

Pero tanto para este filósofo como para el psicoanálisis, *no todo lo real es racional*, pese a Hegel (entre otros). Basta con mirar cinco minutos al mundo para convencerse rápidamente de esto y que toda la especulación del idealismo quede puesta en tela de juicio.

Pero no quisiera desviarme del tema que me convoca a escribir, si es que existe algo así como un hilo conductor en estas líneas. Si existe o no existe ese hilo, eso quizá pueda establecerse *a posteriori*. Mientras tanto, para no desviarme simplemente prosigo con el encadenamiento de ideas.

En este punto y de manera jugada, voy a citar a otro filósofo, pero no a cualquiera sino a un pensador que polemizó fuertemente con el anterior. Me refiero a Emmanuel Lévinas quien en un artículo que viera la luz en 1969 (destaquemos el año en que fue escrito y también la actualidad de sus palabras) y hablando del sionismo como culto de un Estado totalitario, una forma de nazismo o una versión judía del nacionalismo alemán, dijo:

“Personalmente, estoy convencido de que la lucha más eficaz que nosotros podemos llevar a cabo contra el estado sionista –Israel– y contra el sionismo es *la lucha ideológica*. Debemos poner en evidencia que ese estado fue creado para asegurar la defensa de esa civilización occidental que dio como frutos Auschwitz e Hiroshima. Palestina es el tercer nombre que hay que agregar a esos dos. Palestina es la continuación de Auschwitz e Hiroshima. *Las cámaras de gas, la bomba atómica, el judaísmo norteamericanizado por la vía del napalm son tres realizaciones monstruosas de la misma civilización técnica*. El Estado de Israel es un Estado de Técnicos. Como ya dijimos, es la mayor realización, el más grande éxito de la política y la técnica occidentales.”

Me parece que, al menos en este punto, el discurso de ambos pensadores empalma justamente. La técnica moderna en tanto *imposición* –prepotencia del ente en detrimento del ser– haya su realización más perfecta, pero también más brutal, en las atrocidades mencionadas: el campo de concentración, la bomba atómica y el fósforo blanco (entre otras armas) sionista en Gaza.

5

Retomando algo planteado más arriba, específicamente aquello de que la función del fantasma en tanto hace límite al impulso crudo o desenfrenado (manteniendo la satisfacción pulsional en un plano más bien virtual) estaría problematiza hoy en día, Roland Chemama (2008) decía: “Lo que más rápido percibimos [en nuestro mundo contemporáneo] es sin duda que al haber retrocedido fuertemente los límites del pudor, de decoro, pero también del gusto y el asco, la esfera de lo que es posible proponer al goce parece ampliarse, e incluir lo que todavía ayer parecía universalmente rechazado...”.

Este mismo psicoanalista señala: “Cantidad de analistas ponen de manifiesto, (...), que nuestra época es aquella en que el sujeto resultaría más ocupado en su goce que en su deseo.” ¿Por qué? Porque en este contexto capitalista “triunfa la idea de que cada apetito de goce podría ser satisfecho, por supuesto a condición de ponerle un precio”. La referencia creo yo que es a la *mercantilización generalizada* no solamente de los placeres,

los deseos y los goces sino de la vida humana en sí. “Todo es comprable/ vendible”. Nada queda por fuera, nada opera de exterior a esta lógica.

Retengamos esta idea de la ausencia de algo exterior al capitalismo mismo como inexistente, es decir, como si el capitalismo fuese todo. Esto no es una metáfora o una bella idea un tanto pesimista que se le haya ocurrido a algún filósofo: es un hecho fáctico. El capitalismo, como señala Ezequiel Adamovsky (2023), “ya no tiene ‘afuera’ para conquistar”. Y entonces:

“Para sostenerse, debe intensificar la presión hacia adentro. Hundir más sus raíces en el suelo que ya ocupa. Exprimirlo al máximo. El impulso a privatizar lo común y mercantilizar lo no mercantilizado se aplica sobre una sociedad que ya fue sometida a esa lógica. Se transforma entonces en un merodeo permanente alrededor de lo que queda.”

Un merodeo permanente alrededor de lo que queda. ¿No estamos hablando del movimiento pulsional tal como lo piensa el psicoanálisis? La pulsión apunta a reencontrar un objeto perdido por definición y, entonces, *choca* todo el tiempo contra el mismo vacío de goce. El trauma, en cierta medida, es eso. Es ese golpe que motoriza la repetición de una pérdida. ¿Por qué nos cuesta tanto convencernos de que el capitalismo así configurado o, siendo todavía más polémico, que el capitalismo mismo como sistema económico conduce esencialmente a la frustración y a la satisfacción exclusiva de algunos pocos (a los que tampoco parecería alcanzarle lo logrado)?

A continuación, veamos cómo el autor recién citado articula, entre otras cosas, la conexión entre lo que denominé más arriba «pauperización de los afectos» con la creciente mercantilización de la vida:

“La expansión de las relaciones mercantilizadas involucró un creciente proceso de descolectivización y atomización. La producción fue dejando de requerir vínculos extraeconómicos fuertes, *sostenidos en el afecto*, la vecindad, la lealtad política o religiosa, o la común pertenencia a guildas o asociaciones. *Incluso los lazos familiares fueron perdiendo parte de su valor*, a medida que la alimentación, el vestido, la compañía, la fecundación y otros bienes y servicios se pudieron adquirir en el mercado. Cada vez más, *gracias a la creciente mercantilización, podemos llevar una existencia atomizada con vínculos escasos, débiles y efímeros con otras personas*. Esto no es una mera disquisición teórica: los hogares unipersonales o los trabajos solitarios que solo involucran contacto mediante aplicaciones o que no requieren interactuar con personas vienen en aumento sostenido y, luego de 2018, países como Japón y el Reino Unido debieron establecer Ministerios de la Soledad para lidiar con las consecuencias prácticas y emocionales de la atomización (subrayado mío)”.

Como psicoanalista, conciente de los padecimientos que en el pasado producían tanto los lazos familiares constrictivos en el sujeto como todas las formas del poder disciplinario asociadas a los Estados-Nación de la Modernidad, no vería tan mal el hecho de que ciertas alienaciones o sujeciones se hayan debilitado sino fuese porque la escena contemporánea nos muestra el pasaje a una versión extrema donde la tónica es el desamparo, tal como lo estamos viviendo hoy en día en Argentina a raíz de las políticas de vaciamiento estatal que llevan adelante los “anarco-capitalistas”.

Detengámonos un momento en ese prefijo (“anarco”), dejando de lado por un momento el chiste fácil que permitiría asociarlos con el narcotráfico. Para el psicoanálisis, la

anarquía forma parte de lo más pulsional, no es una referencia al deseo porque al deseo lo causa el objeto *a*, es decir, esa es su condición absoluta y entonces no va para cualquier parte, como un barrilete al que se lo lleva el viento. En cambio, lo anárquico, más que en relación al inconsciente y al deseo, aludiría al algo vinculado con el *ello*, con el caos, con la ausencia misma de sujeto y con la presencia absoluta del objeto en su función de plus de goce.

6

4 de Octubre de 2025. Diario *Tiempo Argentino*. Leo un titular: “La falta de goce. Otro síntoma del país libertario”. En el artículo se cita un informe del Centro de Investigaciones Sociales de la UADE, las reflexiones de un sociólogo, a una periodista especializada en género, a dos psicoanalistas de la APA (como veremos, tiene cierta lógica con lo que me propuse cuestionar aquí) y otro informe del Instituto para Estudios Familiares de EEUU. En la nota la autora explora temas como la soledad, el amor, las citas a través de las apps y la “recesión sexual” que afecta hoy en día a gran parte de la población mundial y especialmente a los jóvenes. También hay una referencia a los hogares sin infancias como consecuencias de la baja en la tasa de natalidad.

Los fenómenos están bien documentados, la información es interesante y cualquier psicoanalista podría efectivamente mostrarse de acuerdo con (casi) todo lo que allí se expresa. Se habla, por ejemplo, de la intimidad “deshumanizada”, expresión que resuena con algunas de las cosas trabajadas aquí más arriba. En resumen, lo escrito por Luciana Rosende es muy pertinente y refleja una realidad contemporánea que nadie podría negar sin caer, precisamente, en algún tipo de *negacionismo*.

Nada más lejos, por mi parte, de querer caer en una postura semejante. El punto que quisiera cuestionar, que puede resultar insignificante para muchos, pero es precisamente lo que me llevó a leer la nota, es el título. ¿Se trata realmente de una “falta de goce” lo que los resultados de las encuestas y los autores citados o entrevistados refieren? Eso supondría pasar por alto la referencia que Rosende realiza a la dimensión de la “autosatisfacción”, es decir, del autoerotismo. El relevamiento hecho sobre estudiantes universitarios no indica que ellos, ellas o ellos prefieran “no gozar” sino que disfrutaban “por igual” del sexo con otros y de la satisfacción individual. Claramente, ese “por igual” habría que interrogarlo más a fondo, pero está claro que no es algo que se pueda realizar en una encuesta masiva.

En conclusión, lo que puede desprenderse de la lectura del artículo, entonces, es que no se trataría exactamente de una “falta de goce” –para el psicoanálisis, eso no estaría nada mal– sino en todo caso de una *pauperización del deseo* (hemos vuelto una vez más a la cuestión del empobrecimiento).

Por otro lado, ¿es este otro síntoma del “país libertario”? Aquí habría que ver si primero es el huevo o primera es la gallina, desde mi punto de vista. No estaría tan seguro de que la pérdida del deseo (agregar el adjetivo *sexual* para un psicoanalista siempre es

tautológico) sería un efecto de estar sometidos a un gobierno libertario –con todo lo que eso implica– o si, en cambio, ha sido la pauperización creciente de la dimensión deseante lo que nos ha conducido hasta aquí. Lo interesante de pensarlo de esta segunda manera es que, entonces, una *potenciación de la dimensión deseante* conllevaría un posible poder sacarnos de semejante atolladero político, social e (in)humano.

Ahora bien, ¿podría lograrse eso? ¿cómo? Es decir, ¿cómo se potencia el deseo? En principio, los representantes políticos opositores, como primera medida, tendrían que reactivar la esperanza en la gente, quizá dejando de enfatizar lo mal que nos va a ir con estos personajes en el poder (cosa que muchos compatriotas ya viven diariamente en carne propia) y empezando a destacar lo bien que nos iría si ellos fuesen el gobierno, intentando persuadir de esa manera al electorado para que comience a soltarle la mano a la (extrema) derecha y empiece a mirar con anhelo la mano de quienes defiendan la justicia social (ardua tarea si las hay, a la vista de lo que fue el último gobierno supuestamente “nacional y popular”).

Más allá de lo que los dirigentes hagan o dejen de hacer, es decir, allende la realidad política y pensando en la dimensión de *lo político*, ¿cómo se potencia el deseo? Yo creo que otra manera de estimular la dimensión deseante es ejercitando o provocando la emergencia del *pensamiento crítico*. Generar pensamiento crítico, ya sea en uno o en los otros –de hecho, nunca es una tarea individual–, me parece que puede ser un modo de comenzar a entrenar las astucias necesarias para que el pueblo deje de someterse a la legalidad impuesta y comience a interrogarse por la *legitimidad* de las demandas insatisfechas. Sin aquellas astucias o desvíos con respecto a la “la ley” (como aquello que comanda en sentido amplio y no solamente lo referido a las leyes escritas) podríamos creernos “el cuento completo” –como dice Ariel Pennisi en un diálogo con Miguel Benasayag– al estilo de los alemanes con el Führer y a diferencia de los italianos con el Duce (a quien no se lo tragarón completamente en su pantomima).

Entonces, la vertiente a considerar para pensar la potenciación del deseo, remite a una cuestión muy dejada de lado por estos lares y que se llama: Ética.

Y los argentinos, ¿qué? ¿Nos tragamos al personaje que nos gobierna en toda su paparruchada o disentimos, supimos dejar un resto para la crítica, pudimos rescatar un trozo de aire puro desde el cual pensar críticamente la puesta en escena? La puesta en escena de un “topo” que se habría metido dentro del Estado para supuestamente debilitarlo, azotando cruelmente solamente a los que eran parte de la “casta”, es decir, a los políticos y blablablá. A prácticamente dos años de toda esta fantochada, lo único que hemos visto es un descenso de la inflación producto de una motosierra dirigida directamente a la clase trabajadora. Que la cuenta como quieran. Lo único que hemos visto y que vemos es un terrible retroceso en términos de identidad nacional. Un proceso, por suerte sofrenado en diversas instancias –tímidamente en el Congreso y con más fuerza en las calles–, de *recolonización*. Un plan de sometimiento.

¿Esta era en serio la solución a la crisis que dejó la pandemia tanto material como espiritualmente en la sociedad? ¿Someterse infantilmente a la gran potencia del Norte,

actualmente comandada por un sociópata importante? ¿Esta era realmente la solución a la depresión generalizada –tanto económica como psíquica– de nuestra población? ¿Ir a pedirle ayuda a un personaje internacional a quien podríamos comparar con el *superyó*? Eso suelen hacer los neuróticos para solucionar su síntoma, como lo vemos en la clínica particular. En lugar de responsabilizarse subjetivamente del goce sintomático que los afecta, lo *medicalizan* o lo “astrologizan”, etc., en miras de suponerle al “experto” un saber ideal sobre la solución del conflicto inconsciente que allí se expresa.

Dije algo importante: en el síntoma hay goce. La pauperización deseante no supone “falta de goce” como indica el título de la nota que estoy comentando sino todo lo contrario. En todo síntoma hay satisfacción pulsional como más no sea *masoquista*, goce sufriente y/o mortífero.

El gobierno libertario y su “solución” de terminar de convertirnos en una colonia yanqui –o de vendernos al mejor postor, no importa si es un capo narco o un Estado genocida– representan *un verdadero camino hacia el goce*, es decir, una real “ruta hacia el infierno”, como dice la emblemática banda australiana Ac/ Dc.

Finalizando con estas reflexiones, quisiera interrogarme: ¿es ético utilizar el dolor ajeno para hacer política? Eso fue lo que se hizo con la pandemia. Un sector de la política, con tal de llegar al poder, se regodeó en el sufrimiento ajeno y lo utilizó perversamente. Muchas personas la pasaron pésimo durante el encierro al que nos obligó la peste y no solamente por perder algún familiar. Aun así, gran parte de la sociedad, sin creerse el ombligo del mundo ni ningún tipo de excepción, entendió que había que resistir y adecuarse al contexto para evitar males mayores. Lamentablemente, el sector negacionista que usó el dolor ajeno para sacar rédito político, triunfó. Está claro que no sin un tremendo apoyo propagandístico comparable, aunque con otros matices, con el de la Alemania nazi. Un bombardeo mediático sin fin, terminó pulverizando todo sentido crítico en el pensamiento. Ni qué hablar de impacto de las redes sociales, de su efecto hipnótico y de cómo han servido para potenciar lo más rancio de la especie (discursos de odio, racismo, xenofobia, etc.).